

Para saciar la sed

FRANCISCO LEÓN

A Joan Hernández Pijuan

I

En los últimos días las obras del pintor me condujeron hasta lugares que antes no me habían sido revelados. Lugares extremos, pensé. Y sin embargo ¿no eran acaso sitios que ya estaban aquí, que me pertenecían de algún modo y que formaban una parte, no de mí tan sólo, sino del mundo todo al cual yo, por ese milagro mismo de revelación, pertenecía, el ser completo que yo soy, me dije, y todo cuanto me envolvía?

Dudé mucho tiempo antes de comprender de qué espacios se trataban —¿cuál era su naturaleza?—, pues no eran espacios meramente, sino la convergencia de espacio y deseo. Yo miraba aquellas pinturas, una y otra vez, hasta que llegaba la noche. Miraba sin saber. Contemplaba todos sus elementos. Analizaba los trazos, examinaba el vacío, palpaba las tintas, las veladuras delgadísimas, las serenas pátinas... Luego salía de ellas, como quien abandona un sueño que se ha producido en la irradiación del mediodía, como algo imaginario, en lo estremecedoramente real. Iba enceguecido. Andaba los caminos para ver los naranjos henchidos al sol, los halcones rondando por los cielos extendidos del verano. La luz del agua en las acequias. Pero mi ojo tenía sed, y volvía, y buscaba allá adentro en lo más hondo, en las pinturas, cuando llegaba la tarde y la calma ascendía de la hierba del campo. Un día atravesé aquellas mallas que el pintor había dibujado con sabia lentitud.

Y vi el otro sol.

II

A veces, cierta luz dorada de la tarde caía sobre la habitación. La persiana estaba abierta hacia el callado interior de la tarde. La luz era apenas un hálito muy leve recorriendo las páginas del libro. Pero era suficiente. Y entonces las pinturas ardían sobre la hoja. Mallas ardientes sobre pigmentos sagrados, pues ¿no era, me decía en secreto, la mano del pintor la extremidad arrobada de un dios? Ardían para hablarme, me dije. En la luz vibraba un lenguaje que, aun siendo incognoscible, proclamaba su existencia. Lenguaje como ascuas de revelación, como astillas que saltan de un fuego hasta nosotros, hasta nuestras manos. Mi ojo se detenía sobre los trazos, así revelados, en el oculto fulgor del cuarto junto al mar y los caminos de las fincas.

Uno de aquellos días pasé mis dedos con mucho cuidado sobre el libro. Sentí en el interior lo más profundo. Una palpitación. Se trataba de una aguatinta (Del jardín, X). La ilusoria pulsión de aquellos ramajes blancos, de vibrante sustancia, quietos en la fulgurante y dorada pigmentación, pasaron a través del tacto de mis dedos, por las nerviaciones y los torrentes de la sangre, hasta mi boca. Y se hicieron alimento en mi boca. Un alimento de sagrada luz. (Recordé que el maestro ofrece comida de su propia mano a la boca del discípulo, como señal de alcanzada perfección.) Y en mi boca saciada se formó una palabra.

III

Me pregunté qué luz es esta que no ciega, ni lliga, ni concluye en cenizas. Mi ojo, cuya sed aún deseaba poseer en la lengua la extraña palabra conseguida, se acercó mucho hasta la hoja, hasta ver allá abajo, en los limos de la materia pintada, la aspereza del mundo. No deseó desentrañar el sentido de los ramajes pintados, su caligrafía arborescente o las materias entrelazadas, y cuyo orden último era un misterio intraducible al hombre. Simplemente, se deslizó hasta los márgenes. Era como avanzar por los caminos de polvo que hay junto a la casa, para escapar de las sendas trilladas. Para ir a ver los naranjos de las huertas salvajes, o los plátanos en medio del fuego mudo del verano, el ojo de insaciable sed. Debo recorrer lo extranjero, me dije, atravesar esta cegadora luz de la

mente. Deslizarme hasta los laterales, allí donde las redes del conocimiento se deshacen como rizos de un jardín abandonado. Pero en lo marginal de aquellas tintas borradas, el alimento para la boca liberaba en la saliva un reminiscente sabor a interioridad.

Y supe entonces que el margen, por donde el pintor había dejado las últimas huellas ásperas de sus manos, era el centro.

IV

¿Qué importaba el agua, limpia, fresca, qué importaba el agua, por dulce que fuera, para la sed de un ojo, sed de devoración? Mi pensamiento no lograba dejar aquellas pinturas. Si salía a los campos resecos, si vagaba entre las colinas de abrojos, si rodeaba las piedras al sol en aquella soledad ardiente de los bancales, mi ojo reclamaba en todo lo visible la superposición de las pinturas. El ojo, obsesionado, impregnaba sobre la tierra visible la sustancia de otro mundo invisible: redes, anudaciones, envolvimientos, espiras, lacerías. Mi ojo se había perdido definitivamente en un deseo: hallar el origen ilusorio de todo lo visible, hasta lo invisible.

Entonces, sin comprender del todo el motivo, escribí sobre un papel tres palabras que combinadas debían otorgarme la cifra de todo desciframiento. La cifra del origen que, de alguna manera, el pintor había hallado en su obra.

V

Tierra, mallas, envolvimiento. Tres palabras escritas sobre un papel en blanco. Y para empezar, regresé a las pinturas, al libro de las pinturas que había guardado en la biblioteca de la casa. El pintor había titulado su libro de la siguiente manera: Del jardín. Era obvio que «jardín», dentro de las analogías inconscientes de mi mente, equivalía a «tierra». Su Jardín era el espejo interior de mi palabra tierra. Pero, a continuación, ¿por qué acudió a mí, a mi boca, la palabra malla, o red? Dos de las pinturas —cuyos títulos, Del jardín XII y XIII, remitían al nudo de mi obsesión— simulaban sendos

fragmentos de una red destruida, desdoblada sobre un cristal, lo mismo que un sudario de luz. Una red de celdillas negras y, al lado, su otro ser, más sagrada aún, una red blanca escrita sobre lo negro.

Sin duda el pintor había inoculado en mi espíritu su propia obsesión. Para él, un jardín era obsesivamente una red, o lo contrario: una red era obsesivamente un jardín. Aquella tarde, cuando volví a las huertas vacías en medio del aire caliente del verano, contemplé la manera en que los hierbajos secos se anudaban unos a otros, siguiendo un orden misterioso más allá de mi comprensión. Hallé que las hierbas abrasadas, los abrojos sedientos, los tartagueros famélicos, el tojo amarillo, el cardo, su ramaje, sus tallos, sus nervaduras, sus espinas, sus púas, formaban el tejido de una red sagrada cuyos límites eran los confines de la tierra

VI

Es agosto, me dije, sobre esta tierra. Continúa el calor sobre la tierra del verano. Estoy contemplando esta simplísima belleza: la red blanca y la red negra del pintor. Ayer leí lo siguiente en un libro: "Según algunos cabalistas, la Torá, escrita primordialmente en forma de fuego blanco sobre fuego negro, en el momento de la creación estaba ante Dios como una serie de letras no unidas aún en palabras...". Tras la ventana de la casa, en un talud de tierra seca, un cardo cabecea en el aire. Es la hora de su combustión. Caerá disuelto sobre la hierba, en la devoración ilimitada de los soles: será ceniza sobre un libro terrestre de fuego blanco sobre fuego negro.

VII

Yo quería saciar mi sed, la sed de la boca y del ojo. La sed interior del cuerpo. El libro de la tierra es el libro sagrado, pero también es el libro del cuerpo, y el cuerpo, indiscifrable lo mismo que una f or, es una f bra más de la gran red, forma extrema del nudo divino, escritura del mundo. Y esta red de fuego es el pensamiento generador del dios. El pintor lo sabía. Sus pinturas aún lo dicen bajo el calor extinto del atardecer. La ventana está abierta. Oigo las cigarras, el rumor de sus cantos que se elevan hacia el cielo nocturno.

